

Los extremos se tocan; que al lado de la superstición más grosera se encuentra el ateísmo más radical. ¿Acaso no es la superstición lo que engendra el ateísmo? Y lo cierto es que la religión ortodoxa consiste en creencias supersticiosas, sin que se pueda decir que es inculpa de las groseras prácticas que deshonran el catolicismo desde que la Iglesia, por órgano de su jefe infalible, ha aumentado el número de aquéllas. Por poco que los hombres se ilustren, las rechazan con tedio; y como no conocen otra religión, se entregan a la incredulidad. Si el catolicismo fuese lo que pretende ser, la revelación divina de la verdad, y si Dios bubiese confiado el depósito de aquélla a su Iglesia, sería en Italia y sería en Roma donde se encontrase la fe más viva; y lejos de eso, hay un viejo proverbio que atestigua que aumenta la incredulidad al llegar a la ciudad de los papas. ¿Queréis hallar verdaderos ateos? Pues visitad la corte del santo padre. Esto se decía en el siglo XV y se repite aún en el XIX. Lo cierto es que la Italia es incrédula: hablamos de los italianos que piensan y son incrédulos a causa de las supersticiones romanas.

El padre Passaglia dice que la indiferencia religiosa está extendida desde hace tiempo en Italia, y la atribuye a las supersticiones que la corte de Roma alimenta y a la confusión de las cosas sagradas y profanas, que es el carácter propio y como el vicio original del papado. ¿Cómo habían de creer los fieles en los milagros cuando los están viendo forjar? Cuando oyen invocar desde los púlpitos la intervención de la Providencia para mantener la tiranía, ¿habrá que admirarse de que miren a la Providencia como una invención clerical? Cuando ven el poder temporal del papa preconizado como institución divina, y advierten que ese poder es incompatible con la libertad de la Italia, todos aquellos a quienes enciende el amor de la patria italiana, ¿no tienen motivos para separarse de la Iglesia, del catolicismo, y, por consiguiente, de la religión? Hé ahí de manifiesto el peligro de las pretensiones ultramontanas. El clero ha perdido todo su poder político en Francia y en Alemania, sin que por ello haya perdido la religión. Si el movimiento contra el poder temporal amenaza ser en Italia una revolución religiosa, es porque el papa provoca al cisma, y del cisma no hay más que un paso a la herejía. Pío IX ha condenado al padre Passaglia. ¿Ha dejado de ser ortodoxo el apolo-

ta de la Inmaculada Concepción? No; pero él dice que no hay más que un medio de devolver la paz a la Iglesia y la unidad a la Italia, y ese medio es el de que el papado renuncie a su poder temporal. Cuantos tienen un corazón italiano participan de los sentimientos de Passaglia; y al verse rechazados por el papa, ¿pueden continuar afiliados al papado? De ahí un movimiento que participa a la vez de galicanismo y de protestantismo; se pide ya que el clero emplee la lengua italiana en la liturgia, que se permita a los fieles leer la Biblia en italiano, que los obispos sean elegidos por el clero y por fieles, y, por último, que los clérigos puedan casarse. Hé ahí una revolución religiosa en germen (1).

## IV

Lo que más aparta la religión moderna del catolicismo es el que sus ideas y sus sentimientos acerca del destino del hombre difieren completamente del ideal cristiano. La *buena nueva*, tal como ha sido comprendida por los discípulos del Cristo, conduce a un espiritualismo exagerado; verdad es que hay grandeza hasta en esa exageración, pero hay también exageraciones que sublevan el corazón: misticismo é hipocresía son parientes más cercanos de lo que se cree. Y el hecho es que nada hay más antipático a las tendencias de nuestro siglo que el espiritualismo católico ó protestante. Goethe se ha hecho el órgano de esa repulsión. "Lo que menos perdona al cristianismo es su moral mística; lo que le reprocha con una amargura apasionada es el haber convertido en un valle de lágrimas y de miseria la esplendorosa mansión de la tierra de Dios." (2). Sin embargo, si hemos de creer a los apologistas del cristianismo, las aberraciones del espiritualismo cristiano, y hasta las locuras de los anacoretas, serían la fiel práctica de las máximas del Evangelio acerca de la perfección. Pues es el cristianismo en su esencia el culpable, dicen los incrédulos; y si el cristianismo es inconciliable con la vida real, esto es una prueba de que toda religión es falsa. Tal es el acta de acusación que dirige Proudhon contra el cristia-

(1) Tomamos estos detalles de la *Quarterly review*, t. CXIV, página 496.

(2) CARO, *la Filosofía de Goethe* (*Revista de los Dos Mundos*, 1835, t. VI, p. 323).

nismo y contra la religión. Él mismo va a decirnos que el odio de los incrédulos contra la religión procede de las aberraciones del cristianismo ortodoxo.

¿Qué es el cristianismo? Y Proudhon responde: una religión del otro mundo (a). El despotismo de los Césares envilece a los hombres; Jesucristo promete devolverles su dignidad... en la otra vida. "Otro tanto sucede con la libertad, con la igualdad, la riqueza y la ciencia, esos bienes que no tienen compensación y que no deben realizarse más que en el cielo." Esto es muy cierto, pero solamente con relación al cristianismo ortodoxo, no con relación al cristianismo reformado, y mucho menos aún con respecto a la religión, tal como los filósofos la comprenden. Proudhon atribuye a toda religión el falso concepto de la vida particular al catolicismo. Su doctrina no es una doctrina de vida, dice, es una doctrina de muerte; y tiene razón, nosotros lo hemos demostrado más de una vez, fundados en pruebas irrecusables (1). Pero ¿con qué derecho imputa Proudhon esos errores a toda religión cuando los mismos cristianos los rechazan? (2).

Proudhon continúa la crítica de la religión identificándola con el cristianismo. ¿Hay medio de conciliar las ideas cristianas con la vida real? Si aquéllas hubiesen triunfado, hace ya mucho tiempo que no existiría la humanidad. ¿Cuál es la virtud cristiana por excelencia? La humildad. Y ¿qué es la humildad? La destrucción de la personalidad humana: "Por su principio, por toda su teología, el cristianismo es la condenación del *yo* humano, el desprecio de la persona, la violación de la conciencia." (b). El cristianismo es la realidad venci-

(a) En lo cual está conforme con M. Laurent, que lo ha declarado infinitas veces y aun lo repetirá otras muchas, si bien en este lugar lo limita al cristianismo ortodoxo.—(N. del T.)

(1) Véanse las partes cuarta, séptima, octava, duodécima de mis *Estudios sobre la historia de la humanidad*.

(2) PROUDHON, *de la Justicia en la revolución y en la Iglesia*, Estudio 1.º, Introducción, p. LVII; Estudio 2.º, p. 54.

(b) Nada más contrario al espíritu del Evangelio y a la palabra de vida de Cristo que la inteligencia y el sentido que les prestan los escépticos, prudhonianos y volterrianos; pero nada más lógico y necesario que el que de esa manera lo traduzcan y los entiendan. ¿Cómo se podía reformar y regenerar un mundo entregado interior y exteriormente al culto y a las concupiscencias de la materia? Sólo exaltando y poniendo de manifiesto el poder y la influencia del espíritu; sólo ensalzando la paz del alma y los inefables gozos que produce; sólo haciendo de la conciencia humana un santuario y un asilo inviolables. Eso hizo Cristo. Pero los escépticos no saben lo que es el espíritu; se rien de él, y hacen como que se burlan de los gozos del alma. Y de acuerdo con los fanáticos, que huyen del espíritu y

da. Lo que constituye nuestra fuerza y nuestra vida se convierte en pecado; la religión ataca el amor propio, al que trata de egoísmo, y a la dignidad, que denomina orgullo. El respeto de los demás, consecuencia del respeto de sí mismo, tan vivo entre los antiguos, lo convierte en un vicio bajo el nombre de respeto humano. Destruídas así la personalidad y la individualidad humanas, ¿qué es lo que queda? La nada. Nosotros queremos vivir; por consiguiente, hay que abandonar esa religión de muerte. Queremos ser libres; ¿acaso nos dará la libertad una religión que hace del hombre un cadáver? El cristiano no puede tener derechos, no tiene más que deberes. Proudhon pronuncia la condenación del cristianismo, diciendo que es el sistema del no derecho (1).

## V

Esas críticas son fundadas, en tanto que se dirigen al cristianismo tradicional; y todavía hay que hacer una reserva en favor del protestantismo, que ha rechazado los excesos que conducen a la vida monástica, hasta el punto de que, en medio de las locuras de la reacción, los ortodoxos no han pensado en restablecer los conventos. ¿Con qué derecho se acusaría a los protestantes de los principios que condenan? La iniquidad es más grande aún cuando se emplea la caritatura, tan del gusto de Proudhon, para con el protestantismo avanzado. Channing, y con él los unitarios, Reville, y con él los reformados de la nueva escuela holandesa y francesa y, por último, los racionalistas de Alemania y de Suiza, podrían firmar todo lo que Proudhon dice contra el espiritualismo desordenado del Evangelio (a), tal como los monjes le interpretaron, sin embargo de que se llaman cristianos, y lo son en efecto. Hay, pues, más de un cristianismo, y es soberanamente injusto confundir todas las manifes-

se atienen a la letra, hacen del Cristo un místico fanatizado ó un hombre vulgar. «Venga a nosotros tu reino», pedía Jesús a Dios: el reinado de Dios y su justicia acá en la tierra. Lo cual no obsta a que enseñara la inmortalidad del alma y las penas y recompensas en la vida ulterior.—(N. del T.)

(1) PROUDHON, *de la Justicia en la revolución y en la Iglesia*, tomo II, p. 57, 61, 65.

(a) No es verdad, no lo afirmarían, por la sencilla razón de que ni Channing, ni Reville, ni los evangelistas de la escuela holandesa, ni los racionalistas de Alemania y Suiza, consideran desordenado el espiritualismo de Cristo, que es el que satiriza Proudhon desfigurándolo.—(N. del T.)

taciones del espíritu evangélico en una misma reprobación.

Las críticas de Proudhon prueban todavía menos contra la religión en su esencia. Porque el catolicismo separe indebidamente la vida presente de la vida futura, ¿habrá de concluirse en que toda religión es necesariamente una religión del otro mundo? No sólo los filósofos tienen derecho á protestar contra esa conclusión, sino las mismas religiones positivas. Jamás se reprochó al mosaísmo que separase á los creyentes de esta tierra para hacer de ellos ciudadanos de un mundo imaginario. Nosotros admitimos, con Proudhon, que el otro mundo de los católicos es una quimera, que no hay más que un mundo, el que la ciencia observa y describe (a). ¿Es esto decir que debemos abandonar la creencia de la inmortalidad individual? Nosotros la afirmamos con tanta energía como desplega Proudhon en combatir el cielo y el infierno. Los cristianos han hecho mal en querer hacer del hombre un espíritu puro; pero de esto á negar todo principio espiritual hay una distancia inmensa. Eso es lo que niegan los materialistas actuales, pero predicán en desierto; pueden hallar eco en el círculo estragado de ciertos doctos, pueden hacer algunos prosélitos entre la turba ignorante de las clases sin cultura; pero la conciencia general rechazará siempre doctrinas que mutilan al hombre y que lo envilecen.

El gran problema que atormenta al hombre desde que llega á tener conciencia de su ser es el de su destino. Nosotros ya no creemos, con la Iglesia, que estemos destinados á una felicidad imposible en un cielo imaginario, y menos aún á tormentos infinitos en un infierno igualmente artificial. Pero ¿gestamos por eso dispuestos á creer que nuestro destino final sea "convertirnos en amoníaco, en ácido carbónico y en agua, para servir después de alimento á nuevos animales y nuevas plantas?", (1). Hé aquí un porvenir que no será del gusto de muchas personas; preferirán el cielo cristiano, hasta con la mala eventualidad del infierno. En vano se

(a) Laurent pretende cosas inconciliables, cree y no cree, ser volteriano y ser creyente. Si cree en la inmortalidad del alma, ha de creer en una vida ulterior. ¿La considera una cosa quimérica y vana? Pues no cree en la inmortalidad, y está más cerca de los filósofos materialistas que de los espiritualistas.—(N. del T.)

(1) LUIS BÜCHNER, *Ciencia y naturaleza*, traducción de DELOUDBRE, París, 1866, p. 49.

esfuerzan los materialistas por consolarnos de nuestra inmortalidad perdida; dudamos mucho que los sermones cuyos principales rasgos vamos á citar logren hacer muchos prosélitos: "Aquel que sabe que en la vida nada se pierde y que el secreto de la existencia reside en un curso circular eterno, en el cual cada entidad, tomada aisladamente, no es más que un anillo de una cadena sin fin, se regocijará tal vez (?) al saber que por la vida ha cumplido su tarea natural, y que con la muerte ha devuelto á la masa lo que él la había tomado á título de préstamo por cierto tiempo," (1). No hace mal el doctor Büchner en añadir un tal vez á su regocijo. Por lo que á nosotros hace, la dicha de ser un hongo y volver á ser un hongo nos tienta muy poco. M. Moleschott es menos poético: "Un encadenamiento de rotaciones, por medio del cual nuestro cuerpo revive en el vestido de los campos, y las flores de los campos en el órgano de nuestro pensamiento, ¿tiene algo que pueda sublevarnos?", (2). Aquí, como se ve, ya no se trata de regocijarnos, sino de no desesperarnos. Y en verdad que el que resucitemos en un lirio ó en un pepinillo, en un pájaro ó en un gusano, la diferencia no es muy grande.

¿No habría hasta en ese materialismo abyecto tal vez una oposición al dogma cristiano? ¿No más cielo! ¡La tierra nos basta! Tal es el Evangelio de los materialistas, la buena nueva que ellos predicán á la humanidad moderna. Hemos dicho la buena nueva, y en efecto, los materialistas se muestran orgullosos de su doctrina, y dicen que viene á emancipar al espíritu humano de los vanos terrores imaginados por las religiones, en lo cual no hacen del todo mal. El infierno hace realmente de la religión un sistema de terror. Pero ¿se necesita reducir el hombre á un molusco para libertarlo de una falsa creencia? Al presente hay ya una creencia diferente en la conciencia humana, cual es la de una existencia continua y progresiva. ¿Qué es lo que hay en aquel dogma que conduzca á emancipar las almas? ¿Se sentirán más libres, más activas, más amantes, cuando sepan que han sido flores y que volverán á ser flores?

Un filósofo, al que no queremos colocar en las filas de los materialistas, nos dice que en aquello

(1) LUIS BÜCHNER, *Ciencia y naturaleza*, t. I, p. 55.

(2) MOLESCHOTT, *de la Alimentación y del régimen*.

## VI

Llegamos á esta conclusión paradójica que la incredulidad conduce á una nueva fe. La paradoja no es más que aparente. Han engendrado la incredulidad el cristianismo tradicional, su dogma, sus supersticiones y su despotismo. Si la religión de Cristo se hubiera realizado en toda su pureza, no hubiera habido jamás incrédulos, ó la incredulidad se hubiera reducido á una enfermedad, á un extravío individual. Pero ¿el cristianismo práctico podía tener la pureza que resplandece en la vida y en la palabra de Jesús? La historia responde por nosotros. Añadamos que el mismo Cristo no está exento de errores y de preocupaciones. Ha sido necesario, y lo será aún, el largo trabajo de los siglos para desprender la buena nueva de esa liga impura, triste condición de la imperfección humana. Pero de que el cristianismo, tal como se ha desarrollado bajo la influencia de circunstancias históricas, sea imperfecto, ¿se desprende la consecuencia de que haya que abandonarle y pensar en establecer una nueva religión?

En los países católicos, muchos hombres alimentan esos deseos y esas esperanzas. Lamennais escribía al padre Ventura el 15 de Noviembre de 1832 lo siguiente: "Todo lo que no es pueblo y una buena parte del pueblo caen en la incredulidad. En las clases superiores, por más que halléis un gran odio contra el clero y una profunda aversión, sobre todo, un inexplicable desprecio hacia Roma, se encuentra poca antipatía á la religión en sí misma, pero sí una persuasión general de que el catolicismo ha concluído, cierta imposibilidad de vivir y de respirar en medio de este sepulcro, como ellos le llaman, y la esperanza en alguna otra cosa que quizás salga de él, pero que ya no será él, al menos bajo su forma actual. Tal es el estado de aquellos que, apartados de la filosofía del siglo XVIII, comprenden la necesidad de un orden religioso, de una fe, sea la que quiera, para reanimar la sociedad y sostener la vida humana, y que, buscando sinceramente la verdad, no pueden, sin embargo, encontrarla en un sistema de creencias y de instituciones que, tal como ellos le ven, les parece en oposición con las necesidades indeclinables de los pueblos, con las nociones íntimas del dere-

habrá de menos el cálculo y el egoísmo. Feuerbach tiene razón en decir que, para la inmensa mayoría de los fieles, la religión consiste en el temor del infierno y en la esperanza del paraíso; tiene de más razón en increpar la especulación que se advierte en el fondo de la moral cristiana: los creyentes prestan con usura á su Dios, haciendo un poco de bien para recibir en cambio la infinita felicidad del paraíso. Nosotros abundamos en esa crítica, sólo que no se dirige más que al cristianismo tradicional. ¿Hay por ventura cálculo alguno en creer que el hombre es el operario de su propia suerte, y que será lo que á sí mismo se haga, desenvolviendo sus facultades ó entregándose al abandono?

Vamos á hacer mérito de un beneficio del materialismo; hablamos del materialismo inteligente: depura los sentimientos morales. Escúchenme los cristianos antes de exclamar: ¡escándalo! ¿No tiene razón M. Littré en decir que la moral cristiana descansa en el egoísmo? ¿No enseñan los teólogos, bajo mil formas, que los fieles ganan el cielo por medio de sus buenas obras? Esto es cálculo, es decir, egoísmo reducido á sistema. Felizmente, añade M. Littré, los instintos poderosos y la prudencia del sacerdocio han contrabalanceado en parte los funestos efectos de semejante doctrina, sin lo cual el deseo de la salvación hubiera destruído hace tiempo todos los lazos sociales (1). ¿Cuál es la moral que los positivistas oponen á esos cálculos de especiero? Responden que el fin de la vida es perfeccionar nuestras facultades físicas, intelectuales y morales, en la idea de vivir para los otros, en los otros y por los otros. Vivir para otro, tal es su máxima fundamental (2). ¿Quién no ve que es la moral de Jesucristo, consistente en amor y en sacrificio? Sólo que es la moral evangélica desnuda de todo espíritu de cálculo, del temor del infierno y de la preocupación del cielo (a).

(1) LITTRÉ, *Conservación, revolución y positivismo*, p. 291 y siguientes.

(2) BÜCHNER, *Ciencia y Naturaleza*, t. I, p. 29.

(a) Pero ¿no advierte Laurent que M. Littré es una contradicción viva y palpable? Recomienda una moral pura, pero después que ha destruído el único apoyo, la única base de la moral, la existencia del espíritu y de su ley. Para él no hay más que materia, ni más leyes que las del mundo físico. Por consiguiente, su moral descansa en la conveniencia para el cuerpo. ¡Harto sabido es que las conveniencias del cuerpo se encuentran más fácil y agradablemente por el camino del egoísmo que por el de la abnegación, más pronto por el camino ancho que por el estrecho de la virtud!—(N. del T.)

cho, con la dignidad y el desarrollo del hombre y con el natural progreso de la sociedad,, (1).

Esas palabras son notabilísimas y confirman plenamente lo que acabamos de decir: que la incredulidad no es absoluta más que en apariencia; que oculta, por el contrario, una necesidad religiosa á la cual no satisface ya el cristianismo oficial, y que se propende á una religión nueva. Esas aspiraciones son legítimas y entrañan la idea del progreso. La religión debe ser progresiva, como todo lo que el hombre piensa y siente (a). Nosotros creemos, con Jesucristo, que los hombres tienen un padre en los cielos que los inspira y los guía, que los levanta cuando caen, que los consuela y los conforta cuando desfallecen. Nosotros creemos con él que la ley suprema de la religión es la caridad, la abnegación y el sacrificio. Pero no participamos ya de sus creencias sobre la vida presente y futura. La libertad, el trabajo intelectual, la industria han tomado un puesto que no tenían á fines de la antigüedad. Desde ese momento, la religión debe cambiar de carácter, tomar en cuenta las nuevas necesidades y darlas satisfacción. Por otra parte, la ciencia ha ensanchado nuestro horizonte; el mundo no consiste ya en la tierra y en una bóveda estrellada; el globo que habitamos no es más que un átomo en la inmensidad del universo, y en ese orden de ideas desaparece el abismo entre *este mundo* y el *otro mundo* de los cristianos. Por consecuencia, la religión debe dejar de ser una religión

(1) LAMENNAIS, *Correspondencia*, t. II, p. 251.

(a) Conforme, con tal que se parta de una ley tan invariable en el orden moral como las que rigen el mundo físico.—(Nota del Traductor.)

del otro mundo, para venir á ser una religión de este mundo; debe secularizarse. Esta es la revolución que se verifica ante nuestra vista.

Los católicos hacen constar la revolución calumniándola y maldiciéndola. La *Civiltà Cattolica* observa que la incredulidad moderna ha cambiado de carácter y que ya no tiene por divisa: *Aplastemos la infame*. Ya no acusa al cristianismo de haber sumido á la humanidad en las tinieblas de la ignorancia y de la superstición; ya confiesa que lo mejor que hay en la civilización nos viene de la doctrina del Cristo, y quiere mantener el cristianismo. Hé aquí una incredulidad tal cual creyente. Pues ¿por qué excita la cólera de los reverendos padres? Porque la sociedad ha desertado del viejo cristianismo de San Ignacio, que veía el ideal en un cadáver, y porque aspira á un nuevo cristianismo que acepta y ama la naturaleza, á la que los antiguos cristianos tenían horror. Es ya un cristianismo civil, un instrumento de civilización material é intelectual, que tiene por dogma la libertad y la igualdad, y que rechaza lo sobrenatural y los misterios. La *Civiltà* añade que ese *cristianismo civil* no se preocupa de la vida futura y que reduce la fe al sentimiento religioso (1). Este último rasgo puede convenir á ciertos incrédulos, pero no es un carácter general. En otro lugar expondremos nuestras creencias (2). Por el momento, tomamos acta de la confesión hecha por los jesuitas de Roma: la incredulidad no es una verdadera incredulidad, es una transformación de la religión tradicional.

(1) *Civiltà Cattolica*, serie 5.ª, t. VIII, p. 264-270.

(2) Véase mi *Estudio sobre la religión del porvenir*.

## LIBRO SEGUNDO

### EL CRISTIANISMO TRADICIONAL